



COLABORADORES

Biedma (doña Patrocinio de).—Mendoza de Vives (doña Maria).—Opisso (doña Antonia).—Pardo Bazan (doña Emilia).—Alas (don Leopoldo).—Blanco Asenjo (don Ricardo).—Blasco (don Eduardo).—Braga (don Teófilo de).—Campoamor (don Ramon de).—Canovas del Castillo (don Antonio).—Castelar (don Emilio).—Castillo (don Rafael).—Echegaray (don Jose).—Escudé (don Manuel).—Frontaura (don Carlos).—Gener (don Pompeyo).—Gómez Leal (don Antonio Duarte).—Gonzalez Serrano (don Urbano).—Jara (don Eugenio R.).—Lasarte (don Manuel).—Lustonó (don Eduardo).—Mañe (don Juan).—Marti y Folguera (don Jose).—Mas (don Adolfo).—Miquel y Badia (don Francisco).—Morayta (don Miguel).—Nuñez de Arce (don Gaspar).—Opisso (don Alfredo).—Palacio Valdes (don Armando).—Palacio (don Eduardo de).—Palacio (don Manuel del).—Palau (don Melchor de).—Pérez Aznar (don Juan).—Pérez Cossío (don Leandro).—Pérez Galdós (don Benito).—Pl y Margall (don Francisco).—Sanchez Pérez (don Antonio).—Sanpere y Miquel (don Salvador).—Serrate (don Jose Maria).—Uguet (don Juan Justo).—Zorrilla (don Jose), y otros.



SUMARIO

TEXTO.—*La Semana*, por E. Blasco.—*Rocio*, (continuacion) por E. de Lustonó.—*Los amores de Juana*, (continuacion) por R. de Campoamor.—*Nuestros grabados*.—*Antígona e Ismene*, por A. Opisso.—*La Oiva*, (conclusion) por E. de Palacio.—*Los héroes del vulgacho*, (continuacion) por M. Morayta.

GRABADOS.—*De vuelta al hogar*.—*Después de la batalla*.—*Amor, convertido en apartado de correos*.—*La petición*.—*Antígona e Ismene*, grabado suelto de regalo.

LA SEMANA

HA leído V. el folleto de Carreras?

—¿Tiene V. el folleto de Chinchilla?

—¿Qué sabe V. del asunto de los folletos?

En todas partes, durante la pasada semana, se han oído estas ó parecidas frases. Todo el mundo ha emitido su parecer sobre la cuestion y yo, por no ser ménos, no he de callar la mía. La influencia de la política en el expresado negocio que, al fin y al cabo, por importantes que sean las personas que en él intervienen, es de índole puramente privada, me parece innegable. Y pareceme tambien que cuando las primeras impresiones hayan pasado, habrá de reconocerse que quien lanzó la primera piedra hizo un desdichado defensor de causa que me guardaré mucho de calificar de justa ni de injusta, pero que debió ser encomendada *exclusivamente* á los tribunales, únicas entidades que deben entender en las diferencias ó querellas entre particulares.

No añadiré una palabra más.

La confianza que en los encargados de la administracion de la justicia, deben tener todos cuantos se ven precisados á recurrir á aquellos, acaba de ser justificada, en Francia, con una prueba más: la absolucion del principe Jerónimo Napoleon, que ha sido puesto ya en libertad.

El gobierno frances ha recibido con ella el castigo de su ligero proceder, así como no tardará en sufrir la pena de su debilidad en el asunto del famoso decreto de proscripcion. La comision del Senado es contraria al proyecto; el conflicto entre ambas cámaras, inevitable; y dada la situacion del país y la del mismo gabinete, que no ha logrado aún completarse, la solucion del conflicto se presenta erizada de dificultades.

Todo esto se hubiera evitado, ateniéndose desde luego ya que no á los principios de justicia, á las leyes de la conveniencia, encerradas en esta frase de Lamartine:

«Aborrezco las proscripciones. Cerrar ante un adversario las puertas del país, es impulsarle á que entre en él por asalto.»

Así entró, poco más ó ménos, Inglaterra en Egipto y sigue *britanizándolo* impasiblemente, á los ojos de las demas naciones, que tambien continúan pasando por todo, con entera impasibilidad. Pero como en la culpa está el castigo, la invasion inglesa ha producido la imponente rebelion del Sudan, donde, segun parece, no van las cosas muy bien para la soberbia Albion, y donde el falso Profeta acaudilla numerosas fuerzas y tiene sitiadas dos ó tres ciudades.

—Ese Profeta,—decía un amigo mio, que profesa gran aversion á los ingleses,—ese Profeta no es falso: es de oro.

Contrasta con la inquietud que reina en Francia y con el descontento que domina en Inglaterra, la calma que disfruta hoy, después de pasada la fugaz agitacion de los *irredentistas* (permítaseme la palabra), la península italiana.

El disgusto que en ella han producido la muerte de Beaucardé, el famoso tenor que fué el primero en cantar *Il Trovatore*, y el suicidio del conocido actor dramático Luis Bellotti-Bon, se ha trocado en alegría con motivo de la apertura de la Exposicion de Bellas Artes, en Roma, una de las más notables que allí se han celebrado.

En medio de los sucesos desagradables que en toda Europa ocurren y del malestar y belicosa inquietud que en ella se sienten, esta manifestacion pacifica constituye una excepcion.

Otra excepcion... en su género, como ciertos actores: un yerno que, á los cuatro años de matrimonio, habla bien de su suegra.

—Mi suegra,—dice,—es una mujer excelente, de gran inteligencia, buena, generosa, alegre... No tiene más que un defecto.

—¿Cuál?

—¡Su hija!

Tambien pretendia ser una excepcion el doctor X.

—Tengo una suerte excepcional,—exclamaba;—ninguno de mis enfermos se queja de mis curas.

—Es cierto,—dijo un colega suyo, en voz baja;—porque á todos los manda á quejarse al otro mundo.

EDUARDO BLASCO.

ROCÍO

(HISTORIA SENCILLA)

—Pero,—interrumpió la joven,—¡si fuera él!...

La vieja pareció acostumbrada á este modo de hablar, pues comprendiendo á quien aludía su compañera, respondió:

—¡Imposible!

—Pero era aquel su mismo porte, su manera de andar...

—¿Quizas no andan todos de la misma manera? ¿No hay muchos hombres del mismo porte?

—Yo le reconoceria entre mil.

—¿Es decir que aún le amas?

—¡Yo amarle!... No, le aborrezco.

—El aborrecimiento que sigue al amor, no es en realidad sino el amor bajo otra forma. Tú le amas.

—¿Después de lo pasado? No, no es posible: aunque viniera á pedirme perdon de rodillas, no le perdonaría.

En aquel momento, las dos damas llegaron á una humilde casa, en uno de los barrios más retirados, y la más vieja, sacando de un bolso de terciopelo que de su brazo pendía una llave antigua y pesada, la introdujo en la cerradura de una vieja puerta, cubierta de clavos, diciendo:

—Por fortuna, ya estamos en salvo.

Y ambas mujeres entraron en la casa, volviendo á cerrar la puerta.

II

Mendoza, sin embargo, no las había abandonado. Viendo su apresuramiento y la incertidumbre del camino que seguían, conoció que le habían visto, y temió que si continuaba siguiéndolas se refugiasen en alguna casa conocida, donde la conversacion que deseaba tener con su amada fuese imposible ó, al ménos, impropia. Por esta razon, en lugar de seguir marchando tras ellas, comisionó á un criado suyo que encontró al paso, para que las siguiese y se informase no sólo de las señas de su casa, sino de sus costumbres, género de vida y todas las demas noticias concernientes á ellas, que pudiera obtener por astucia ó por dinero.

El criado, que era muy listo, lo hizo todo á las mil maravillas, y aquella misma tarde Mendoza, embozado en su capa, llamó á la puerta de la casa.

La puerta estaba entornada y cedió al primer golpe.

Mendoza entró y en una miserable sala del piso bajo, situada á la izquierda del zaguán, vió á una joven bordando silenciosamente. Sentada junto á una ventana que daba á un ancho patio, le volvía la espalda, pero la voz de su corazon se la dió á conocer. Era la misma joven de la iglesia. Mendoza se detuvo un momento trémulo de emocion; después, con los ojos húmedos y el paso inseguro, se adelantó diciendo:

EDUARDO DE LUSTONÓ.

(Se continuará).

LOS AMORÍOS DE JUANA

VII

Siempre ha sido y será cosa corriente
que, mientras dure el malestar divino,
en alas de la mente
llega el alma hasta el fin de su destino,
siendo un hecho evidente
que si un amor se va muy fácilmente,
el amor verdadero está en

[camino.
Así, paseando un día,
más ligera que un pájaro
[ligero,
vió Juana á un diplomático
[extranjero



que, sin ser General, lo parecía;
y, como es de inferir, fiel á su estrella,
al volverse á la paz de su retiro,
un corazon tan tierno como el de ella
le dedicó, al dormir, la noche aquella,
después de un «¡Es buen mozo!» un gran suspiro.
Mas no fué poco enorme
el suspiro que dió su alma doliente,
cuando supo después por accidente
que aquel Embajador con uniforme
era un monstruo civil, un sér deforme,
que no era ni siquiera subteniente.
Y como en ella obró el discurso tanto
que, aunque la ciencia lo contrario mande,
escribe siempre Amor con A muy grande,
y un busto de Neron lo juzga un santo,
de buena fe asegura
que el que no es militar, es casi un cura;
y, conforme al saber de muchas gentes,
ignora las razones oficiales
que hay para dar patentes
del uso de uniforme á los mortales
que no son, por lo ménos, subtenientes.

VIII

Porque ¿es hombre un paisano?
Aunque Juana creía
que en el género humano
puede á ratos, y en término lejano,
un paisano ser hombre todavía,
ella piensa que es nada, ó casi nada,
grandeza que no es hija de la espada,
y que, aún siendo brutal como todo hecho,
la fuerza, pese al cielo, es un derecho:
y en honra de las glorias militares
cree, como todas, por instinto, Juana,
que el verter sangre humana
no es deshonor cuando se vierte á mares:
por lo cual, resolviendo que el paisano
es más que un hombre un papagayo humano.

lo olvida muy aprisa, muy aprisa,
recordando más triste que Artemisa,
que ya puede sumar dos desengaños
en quince años que cuenta;
¡quince años, ¡ah! quince años!...
¡La edad que yo tenía hace cincuenta!

IX

Mas, dejando mi edad, tened por cierto
que hay siempre un vivo que reemplaza á un muerto,
y, por raro que sea,
el corazon humano
es como el *yo Fichtiano*,
que lo que piensa en su interior, lo crea;
y Juana, que en su amor se lisongea
de lograr para esposo al heroísmo,
si es necesario, en D. Pelayo mismo
realizará su idea....
¡Lo que tiene de bueno el platonismo
es que alcanza en Platon lo que desea!

X

Sintiendo el inmortal desasosiego
de una sibila en éxtasis y loca
Juana consagra á un militar su fuego
para quitarse luego, luego, luego
el sabor á paisano de la boca.
Y buscando otro amor precipitada,
quiso la mala suerte
que Juana, nuestra Reina destronada,
oyese hablar, si bien muy de pasada,
del coronel Roldan, álias «La Muerte»,
un militar de historia acrisolada,
de quien cuenta la fama pregonera
que al empuñar la espada,
se creía un titán, aunque no lo era.

(Se continuará).

RAMON DE CAMPOAMOR.



NUESTROS GRABADOS

DE VUELTA AL BOGAR.

Es la hora de la melancolía; el sol se ha sepultado en el ocaso iluminando el horizonte con tonos de mil colores. Las aguas del río reflejan las irisadas tintas del crepúsculo, purpurinas, doradas, violadas y cerúleas, armoniosamente fundidas. La barca nada en un círculo de luz y a su alrededor las verdes ondas se agitan blandamente, meciendo los juncos y enanas cañas que salen á la superficie.

Cargada de mieses la barquilla atraviesa el río llevando á la humilde pareja á la opuesta orilla. Dulce debe ser el coloquio cuando por tanto tiempo queda balanceándose la nave sin que el remero bogue. Mullido es el asiento de la segadora, pero más dulce el adorado seno en que reclina su cabeza el mozo. ¡Oh dicha inefable! ¡Sentirse arrullados por las tranquilas ondas, solos, enamorados, al caer de la tarde!

DESPUES DE LA BATALLA.

Recia y porfiada ha sido la refriega, cubriéndose de gloria los seis ilustres guerreros. Allí ruedan por el suelo el sombrero y los guantes del doctor, que ha quedado dormido con la copa todavía en la mano y la servilleta en la otra, impertérrito, mientras el abogado, con los codos apoyados en la mesa y la cabeza en los codos, sueña tal vez que tiene ganado ya el succulento pleito cuyos honorarios han de venir á sacarle de su comprometida situación. El poeta se está desesperando, lanzando formidable bostezo capaz de despertar á un muerto, pero no de hacer volver en sí al convidado que tiene al lado. ¡Quién habla de decir que el señor oidor tenía que ser tan sordo? Á un extremo de la mesa está el ingeniero de montes, siempre mohino; y por fin, valientemente erguido, aunque con los cabellos erizados y algo vacilante la cabeza, el dueño de la casa, que lucha como un héroe para mantenerse dignamente sereno entre tamaños desastres, único superviviente de la tremenda lid con el Jerez y el dorado Rhin, el Joahnnisberg y el Moscatel. ¡Oh, sibaritas! ¡Dilettantis de la música, la mesa y el mosto! ¡Qué mas puede apetecer un honrado sexagenario que deleitarse con Hummel y Sebastian Bach, con Haydn y Mozart; saborear luego las más exquisitas truchas y ostras de Ostende, las más sabrosas codornices y bécadas (no *faisandées*) y concluir por hacer devotas libaciones con el zumo de las más ilustres vides? Por muchos años, señores. Empero ya aparece por allí la majestuosa figura del ama de gobierno con una relumbrante palmatoria destinada á reemplazar las agonizantes bugías del candelabro. Ella os alumbrará, ¡oh mal alumbrados



DESPUES DE LA BATALLA



ANTÍGONA É ISMENE



AMOR, CONVERTIDO EN APARTADO DE CORREOS

combatientes! y al presentarse de nuevo ante vuestros ojos, de fijo que el poeta improvisará en su honor un soneto comparándola a la aurora, disipadora de las tinieblas de la noche!

AMOR, CONVERTIDO EN APARTADO DE CORREOS.

Ó como diría un francés, en *poste restante*. ¡Pero qué le falta ya ser al amor! Desde diplomático a guerrero, desde médico a retratista, para todo ha servido. No es extraño que esta niña quiera hacerle desempeñar el papel de guardador de su correspondencia hasta que se presente el interesado. Por lo demás, nada más poético que el sitio donde se levanta la estatua de Cupido, ceñida por trepadoras guirnalda de yedra y misteriosamente oculta en lo más espeso del bosque. La encantadora *corresponsal*, tímida como una gacela, mira inquieta si alguien puede sorprenderla en su ingenioso ardid, porque ¡oh cielos! debe ser muy grave lo que contiene la carta, además de las indispensables faltas de ortografía! Lo menos todas las conjugaciones posibles é imposibles de los verbos *amar, idolatrar, adorar*; etc., todos menos bonitos que el puramente español: *querer*.

La niña se ira y el amorcillo se quedará solo, hasta que al caer de la tarde se acercara sin duda á él algun devoto que recogerá la misiva y la leera allí mismo, á la incierta luz del crepúsculo, dejando otra borronada en lápiz. Así logran los dos amantes evitar las tardanzas del cartero, generalmente poco sensible en el reparto de las cartas diarias de los enamorados, que suelen ser las últimas en llegar á manos de sus destinatarios, ó á lo menos así lo piensan generalmente ellos.

LA PETICION.

Hé ahí á los desposados elevando su ruego al ángel de la paternidad en demanda de que les conceda ver coronado su himeneo con el nacimiento de frutos de bendición; acérrese el padre en religioso ademán, mientras la madre ruborosa y púdica, no osa aparecer ante el poderoso rapazuelo, dispensador de las sucesiones. Á su lado vigila y observa el pellicano, generoso de su sangre, mientras ocultos á la vista agitanse en resguardada concha los tiernos capullos á quienes han de llamar hijos suyos los esposos.

Delicada es la alegoría de este relieve, de clásico estilo y magistral composición. Rostros y paños, accesorios y adornos revelan en el autor del medallón, el ilustre Bohle, el más completo dominio de su arte y á la vez la elevada idea que tiene formada de la misión del artista.



ANTIGONA É ISMENE

Esquilo, LOS SIETE SOBRE TÉBAS.—Sófocles, ANTIGONA.

(Véase el grabado suelto)

Ninguna creación de la mente humana alcanzará jamás á igualar los tipos inmortales nacidos del seno de la Grecia. La raza helénica es única en los anales del mundo. El ideal no puede concebir mas alta perfección, ni la forma revestir mayor pureza que la que ostentan sus obras.

Al cabo de miles de años las figuras de sus vírgenes y esposas son tan bellas como en el momento de surgir de la imaginación del artista. El escultor anónimo que arrancó del mármol la Venus de Milo sigue siendo el mas sublime de los escultores. El poeta que cantó en sus versos á Ifigenia y Andrómaca, á Helena y Crésida, es y será siempre el mas excelso de los poetas. Los trágicos que sacaron á la escena á Antígona y Electra, á Alcéste y Clitemnestra son y serán durante la infinidad de los siglos las eternas glorias del teatro. Nunca se ha encarnado en obra humana la belleza ideal como en las obras de la Hélada; nunca el espíritu se elevará mas por encima de las vulgaridades de la vida que al contemplar estatístico las creaciones de la Grecia.

La noble Ifigenia, la vírgen augusta, benéfica y leal, sacrificada en aras del fanatismo patriótico; la triste Andrómaca, abrazada al cadáver de Héctor, el esposo bien amado; Alcéste, inmolando su vida para salvar la de su marido; la sombría Electra, trágica y sublime como el ángel de la venganza; Helena, destinada desde su primera edad por los dioses á sembrar fatales discordias entre los hombres, esclava de su hermosura, grave y serena como una estatua, juguete de la suerte, que la hace pasar de los brazos del uno á los del otro, víctima de su belleza inmortal y al cabo tan pura y casi austera como una diosa de mármol; Clitemnestra, la madre desesperada y terrible que no perdona al esposo la cruel inmolación de la hija; hé ahí otras tantas figuras eternamente bellas, eternamente durables, como los grupos de estrellas que han tomado sus nombres.

Entre estas mujeres destacan particularmente Antígona é Ismene, como dos maravillosas precursoras de las mas dulces virtudes predicadas siglos después por el cristianismo. Así son, en efecto, las tristes hijas de Edipo.

Terrible historia la de aquella raza de reyes: la justicia de Zeus tenía que castigar el crimen de Layo, crimen nefando, digno de la Pentápolis... Nace Edipo, hijo de Layo y Yocasta, y á la vez que en parricida convierte el hado en incestuoso marido, casándole con su propia madre. Vuélvense sus hijos en duros enemigos suyos, encerrándole en horrible calabozo, pero logra escapar de allí arrojando tremenda maldición sobre ellos. Antígona é Ismene acompañan al ciego padre, le cuidan y consuelan, modelos de amor filial, mas no sin sentir de continuo cruel angustia por la suerte de sus hermanos transformados en rencorosos rivales de un mismo trono.

Ciñe Eteócles la corona de Tébas, habiendo convenido con Polinice en que gobernarán un año cada uno, mas al terminar el plazo convenido no quiere ceder la pactada realeza y airado Polinice busca auxilios y pone sitio á

Tébas. Siete caudillos cercan la ciudad y al cabo mueren los dos hermanos, uno dentro y otro al pie de los combatidos muros.

Cumplidas quedaban las antiguas maldiciones hasta la tercera generación, desapareciendo la raza entera de Cadmo. Creon es el nuevo tirano, duro y cruel.

Los cuerpos de los dos hermanos yacen insepultos. El senado ordena se dé sepultura á Eteócles, pero que quede insepulto el cuerpo de Polinice; las dos hermanas dirigen al campo de batalla, donde yacen juntos en tierra los cuerpos de ambos fraticidas.

La generosa Antígona arroja sobre Polinice, Ismene sobre Eteócles, situación sublime que ha sido diferentemente tratada por los grandes trágicos griegos. Nada mas conmovedor que la *escena de las endechas* que se encuentra en Esquilo (1). El viejo coloso, derrama lagrimas... Las dos hermanas prorrumpen en dolorosas exclamaciones; tan patéticos son sus arranques que ha sido la escena mas imitada después por nuestros dramaturgos del siglo diez y siete.

Cada una de las vírgenes baña en llanto el cadáver de un hermano, pero el senado de Tébas ha tomado ya su decisión; el cuerpo de Eteócles será debidamente enterrado, mas el de Polinice quedará insepulto, para que sea pasto de las aves de rapiña. No ha de ser así, sin embargo; Antígona no hará menos por el hermano que lo que hizo por el padre, y corre a dar misericordiosa sepultura al desdichado sitiador, sin miedo á los tremendos castigos impuestos por el Senado al que ose infringir sus mandatos. Los dos hermanos reposarán junto al misero padre. Las dos hermanas dirigense piadosamente á darles honrada sepultura. Ismene ha enterrado ya á Eteócles, pero queda el cuerpo de Polinice, al cual nadie puede tocar... ¿Mas qué le importan á Antígona los decretos del Senado? Ella le hará las debidas exequias y sepultura al vencido combatiente. *¡Son muy poderosas, —dice,—aquellas entrañas donde á los dos nos engendraron una madre infeliz y un padre sin ventura!... Aun mujer como soy, yo misma encontraré cómo le abra la fosa y cómo le forme un tumulo; yo misma le llevaré en mis brazos...* (Esquilo).

Sófocles hace mas adorable aún el carácter de Antígona. En lugar delregonero, es Creon, el nuevo tirano, quien da e i persona la orden: *Ninguna mano hará libaciones sobre su sepulcro; no habrá para él ningun honor, ni una lágrima, ni un gemido fúnebre*. Antígona se niega á obedecer y se dispone á cumplir la misericordiosa faena. Creon se opone, alegando que honrar á Polinice es ultrajar á Eteócles, pero Antígona responde llena de dignidad y con religioso acento que Pluton impone leyes iguales para todos. *Nunca, replica el rey, nunca un enemigo se convierte en amigo, ni aun después de muerto*; entonces prorrumpie Antígona en estas bellísimas palabras: *Mi corazón está hecho para sentir el amor y no el odio*.

¿Quién no atribuiría á una vírgen cristiana estas palabras?

Antígona es condenada á ser enterrada viva; el hijo de Creon, apasionadamente enamorado de ella, queda encargado de ejecutar la sentencia, pero la vírgen se mata antes de que pueda consumarse el terrible suplicio y el desventurado Hemon se da tambien la muerte.

Hé ahí confirmada, pues, la tesis de M. Deschanel sobre el *romanticismo de los clásicos* y demostrado tambien como no hay nada nuevo... después de la Grecia.

ALFREDO OPISSO.



LA OTRA

(CONCLUSION)

—¡Ah!—añadió Laureta,—delante del doctor, me parece que no debe usted manifestar cierto interes por la señorita.

—Esta chica se toma unas libertades... Es verdad que como está en el secreto, y con una indiscreción pudiera perdernos, abusa... pero es preciso armarse de paciencia.

Cuando me encontré en la alcoba de mi amada, busqué inútilmente con la mirada al médico.

Me pareció que oía hablar en voz baja en la habitación inmediata.

—¡Luz, Luz de mi vida!—murmuré aproximando la cara á la de la enferma.

—¿Quiere usted luz?—me preguntó Laureta, explotando el nombre de su señorita (á lo menos el nombre que usaba para mí), y presentándose de repente en la alcoba.

—¿De dónde sale esta muchacha?—pensé.

La puerta entreabierta de la habitación contigua me lo explicó todo.

Por otra de escape había entrado Laureta en aquella habitación donde se hallaba el *médico*; el murmullo que yo oía era el de la conversacion sostenida por la doncella y el *doctor*.

Tal vez estaría formulando la receta ó indicando á Laureta sus prescripciones facultativas.

—Hable usted de cierta manera, señorito,—me dijo la chica,—que está oyendo el médico.

(1) Aprovechamos esta oportunidad para rendir un tributo de admiración al Sr. D. Fernando Segundo Briera Salvatierra por su magnífica traducción de Esquilo, publicada en la *Biblioteca clásica*.

—¡Dale con el médico!—protesté.

Laureta dejó sobre un velador la bugía que me aproximara cuando yo llamé á Luz, y desapareció por la puertecilla de la habitación donde estaba el *facultativo*.

Luz fijó en mí una mirada extraña y balbuceó débilmente estas palabras:

—¡Hola, doctor!

—¡Hija mía! ¿No me conoces?—pregunté con extremada ternura.

—Sí, doctor,—repitió.

—¡Delira! ¡Dios mío,—exclamé enternecido,—sálvala!

Luégo tendió la mano como buscando las mías, yo la estreché con efusión y áun la regué con alguna lágrima; pero cuando intenté aproximar los labios á la mano, Luz la estrechó violentamente.

La dirigí inútilmente varias preguntas; no respondió.

—Voy á consultar al médico; mi *nena* se me muere; me lo dice el dolor de mi corazón,—exclamé.

Apénas había dado un paso en dirección á la puerta del cuarto, donde suponía yo que estaba el doctor, Laureta salió á mi encuentro y me dijo, al parecer conmovida:

—¿Qué opina usted, doctor?

—¡Doctor! ¿Tú también?...

—Nadie como usted la conoce y puede curarla; usted posee la ciencia verdadera y...

Supuse que me hablaba metafóricamente, y me halagó tanto que respondí:

—Gracias, Laureta, dices bien; pero quiero hablar con el otro, con el legítimo, y que me diga la verdad.

—¡Ah! ¿con el de cabecera?

—Sí.

Laureta vaciló.

Después me dijo:

—Pues ahora mismo se ha marchado; todavía puede usted alcanzarle.

—Voy corriendo...

—Creo que se retira á su casa.

—¿Dónde vive? Si no le encuentro en el camino, iré á su casa.

—¡Pobre señorita mía!—balbuceó lloriqueando Laureta, —¡morir tan joven!...

—¡Morir ella! ¡Imposible, no digas eso!

—Es lo que opina la ciencia...

—¡Ah! ¿Qué, te ha dicho el médico?...

—Sí, sí señor; lo ha dicho el otro.

—¡Y haberse marchado ese médico sin que le viera y hablase con él!... Voy, voy corriendo; no podemos perder tiempo. Adios, Luz mía, adios...

Laureta tosió con fuerza como si quisiera envolver mis palabras para que nadie las oyese.

Sali precipitadamente de la alcoba y, después, de la casa.

Al encontrarme en la calle pensé:

—¿Por dónde habrá ido ese hombre? ¡Ah! ¡si estoy loco, señor!... ¡No he preguntado, siquiera, dónde vive ese médico!...

Entré en el portal y me disponía á subir otra vez, para que Laureta me dijese las señas del domicilio del doctor, cuando tropecé con un caballero, que bajaba precipitadamente.

—Afortunadamente he alcanzado á usted,—me dijo.

—¿A mí?—le pregunté con extrañeza.

—A usted, doctor; necesito que me diga la verdad, sin ocultaciones; entre hombres no hemos de andar con misterios. La verdad: ¿cómo está Aurora?

Miré á aquel ciudadano con curiosidad, para ver si descubría algún indicio más de embriaguez ó de locura, puesto que no revelaban otra cosa sus palabras, y luégo repliqué:

—Caballero, ni yo tengo el gusto de conocer á esa señora de quien usted me habla, ni soy médico, ni entiendo una palabra de cuanto usted me dice.

—¿Cómo?—preguntó asombrado.—¿No es usted?... ¿No baja, ahora mismo, del piso principal de esta casa?

—Sí, señor.

—¿No ha visitado usted á esa señorita que se halla enferma de peligro?

—¿A Luz?

—A Aurora.

—No, señor.

—¿Que no?

—Que no.

—¿Luégo no es usted?... Juraría que esa voz es la misma

que he oído hace algunos segundos... Laureta me dijo que el médico había anunciado un fin desastroso y yo mismo lo he oído, de labios del doctor...

—¿Laureta, dice usted?—pregunté con sobresalto.—¿En el principal del centro?

—Sí, señor. Aurora, su señorita, se halla casi acabando...

—Vamos despacio, caballero: ¿usted quién es?

—¿Yo? pues se lo diré en confianza; entre caballeros no debe temerse una villanía; soy... un... tío de esa señorita.

—¿Tío?

—No, señor; ¿para qué mentir? Soy su amigo... su amante. Creo que hablo con un hombre de honor. Y usted oculta su profesión facultativa, tal vez, por causas que yo respeto...

—¡Ella! ¡jellal no dudo ya, ¡infame!

—¿Qué dice usted?—preguntóme alarmado el desconocido.

—Que yo también,—dije con resolución,—soy... sí, soy como usted, juguete de esa mujer.

En los primeros momentos creí que terminaríamos á tiros ó á estocadas.

Después comprendimos nuestra situación y el juicio venció al amor propio ofendido.

Aquel individuo había sido víctima, como yo, del engaño de Luz ó Aurora, ó como ella quiso nombrarse.

Residía en París hacía dos meses, que eran los que habían transcurrido desde que yo conocí á Luz, quien no esperaba á su antiguo amante.

Quiso el infeliz sorprenderla y lo consiguió, aunque no agradablemente como él deseaba.

Aquel hombre tenía sobre mí el derecho de antigüedad respecto á Aurora.

Era suscriptor más antiguo.

El la había dedicado su cariño y algunos miles de duros, antes que yo.

Era primo en primer grado y yo en segundo.

Además—como él alegaba—era viudo y rico.

Yo no era rico y sí casado.

Una mujer virtuosa y angelical, hermosa y dulce, me aguardaba con impaciencia durante las horas que yo dedicaba á la otra, á una mujer despreciable, que me engañaba.

¡Pobre mujercita de mi corazón!

Desde entonces no he vuelto á ser infiel á su cariño.

¿Qué habrá sido de la otra?

EDUARDO DE PALACIO.

LOS HÉROES DEL VULGACHO

En suma y en demostración de que nada queda fuera del alcance de los picaros, las mismas reconditeces de lo inexplorado abriéronse á su voracidad. Ahí están, olvidando aquello de: «Lo de CÉSAR dalo á César, y lo de Dios dalo á Dios,» ó en otros términos que no conviene confundir lo sagrado con lo profano, ni traer de acá para allá lo que debe estar sobre todo; ahí están, digo, los adagios:

Dad para SANTA LIBRADA, que primero fué cocida y luégo asada.

SANTA OLALLA de Barcelona, quien se la hace no se la logra.

Y ahí, también el *Santo de PAJARES*, San MACARIO, San LEPRISCO, San CIRUELO, San PORRO, Santa CATALACA, San CUYAS NARICES, Santa ELLA SEA con ELLA; muy anterior á aquel Santaella, de quien Pasquino escribió al pié de una estatua de Doña Isabel de Borbon, por él erigida:

Ni es Santo él

Ni Santa ella.

Y ahí por último, el *beato Fray JARRO* y tantos más, «que canonizó la picardía por amor de Dios,» y que seguramente aún esperan, que el *calvo San PEDRO*, les abra las puertas del cielo, que á ellos es aplicable el «no hace cuenta de vos el martirolojo.»

Y es, que como nuestro pueblo sabe decir:

La *navecita* de San PEDRO, aunque trabajos padezca, no hayas miedo que perezca,

No se acuerda de Santa B  BARBARA hasta que truena.

  Pero    qué vienen lamentaciones fuera de momento, cuando   s fuimos,   s somos y   s seremos? En fin, que consignar que nuestro pueblo se pasó de religioso, es vulgarote; y esto s   que:

Es más antiguo que el *Auto del Repelón* y zurra que es tarde.

VI. Noto que sin quererlo voy haciendo lo que formó decidido propósito de no hacer, esto es, enjaretar en medio de fastidiosa cháchara los nombres de los *héroes del vulgacho*.

Seguramente, dándolos envueltos en chistes, serían como las pildoras de acibar rebozadas con azúcar, tragadas con gusto aún por las fauces más exquisitas; y   le es   

quien escribe tan agradable ser leido!... Pero sucedió que D. Francisco de Quevedo y Villegas y D. Diego de Torres Villarroel, empeñados en trabajos    este mío parecidos, hilvanaron y coreusieron en narracion salad  sima, los dichos y refranes del mundo truhanero que estimaron conveniente, para librar, dijeron, el habla castellana de impurezas, cuando al engarzarlas con rarísimo ingenio, salvar  nlas del olvido y   a  n les dieron carta de naturaleza y prosapia castiza. Al uno le resultó el *Cuento de Cuentos*; al otro la *Historia de Historias*, y como imitar    estos colosos del gracejo y de la risa, sería declarada necedad, paro la burra y e  cho por el camino del a, b, c, que yo, ni tengo sal que desparramar, ni aspiro    más que ofrecer en montón, para que otros le completen y estudien,



LA PETICION

el catálogo de los más señalados *héroes del vulgacho*.

Y como me decidió    ello, manos    la obra: y   a  n cuando salte algunas letras comienzo por los Pedros. Que no es empezar por lo primero que se me vino    la mano, sino por el nombre que más resulta en nuestro refranero. Y tanto, que al ofrecer unos tras otros los Pedros populares, cualqu  iera sospecharía que en castellano no hay otro nombre de pila. Desde el gallego que con gracejo sin igual exclamaba:

Pues yo,   p  enas me llamo PEDRO, hasta el Justiciero, por quien se formó el refran:

La ida que hizo el rey DON PEDRO    Montiel:
son tantos los Pedros famosos, que los hay nobles, peche-
ros, jóvenes, viejos, altos, bajos, listos, tontos, pobres, ri-
cos, felices, desdichados, cobardes, valerosos, en una pa-
labra, de toda clase y condicion. Como que existe el adagio:
Mucho va de PEDRO    PEDRO.

  s   no parece sino que Pedro equivale al Adam de la Vul-

gata, al Menes de los egipcios, al Manu de los indios, al Minos de los griegos; es decir,    algo parecido   s como al nombre genérico de hombre.

En efecto, cuanto ser puede el hombre, lo es en castellano Pedro.   h   está el Rey Perico, citado ya;   h  

PERICO el de los palotes.

celeb  rrimo ya en el siglo de oro de nuestras letras;   h  

PERICO en la horca, que no s   por qué se estiró en ella tan    gusto como se cuenta.

MIGUEL MORAYTA.

(Se continuará).

ADMINISTRACION.—Establecimiento editorial de Don Ramon Molinas,
Córtes, 365 y 367.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.